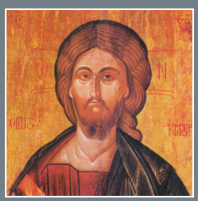
Giorgio Zevini

La lectio divina en la comunidad cristiana

Espiritualidad – Método – Praxis



GRUPO EDITORIAL VERBO DIVINO

Giorgio Zevini

LA LECTIO DIVINA EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

Espiritualidad – Método – Praxis

Traducción:
Miguel Montes

Grupo Editorial Verbo Divino

ÍNDICE

Presentación 5

Introducción 7

1. Líneas introductorias a la *lectio divina* 9
1.1. La lectura de la Biblia en la Iglesia 9
a) La Biblia nace en la comunidad de fe 10
b) La Biblia está destinada a la comunidad de fe 12
1.2. El carácter normativo de la Biblia para la Iglesia 13
a) La Biblia es el libro de Dios y del ser humano 13
b) La Biblia en la vida de la Iglesia 16
c) El primado y la transmisión de la Palabra de Dios 18
1.3. La relación entre Biblia y oración 20
a) La Biblia, libro de oración 21
b) La relación entre Biblia y oración en la «Dei Verbum» 23
1.4. El problema hermenéutico del «sentido espiritual» de la Biblia 25
a) La interpretación espiritual de las Sagradas Escrituras 26
b) El sentido múltiple de la Palabra de Dios 29

2. Las dimensiones espirituales de la *lectio divina* 33
2.1. Naturaleza de la lectio divina *y modelos para la misma* 33
a) ¿Qué es la *lectio divina*? 33
b) Modelos de *lectio divina* en la vivencia eclesial 36

2.2. Disposiciones necesarias para la lectio divina 41
a) La fe en Jesús presente en la Palabra 42
b) La conversión del corazón ante la Palabra..... 43
c) La invocación confiada al Espíritu Santo..... 45
d) La comunión con la Iglesia..... 48
e) La unidad y la totalidad de las Escrituras 51

2.3. Ideas rectoras que debemos tener presentes en la lectio divina..... 53
a) La *lectio divina* es una casa para todos 53
b) La *lectio divina* redescubre la Biblia como narración 55
c) La *lectio divina* lee el relato transmitido por la Tradición viva 57

3. El método y las etapas de la *lectio divina*..... 61
3.0. Epíclesis: la oración de invocación al Espíritu Santo 65

3.1. La lectura (lectio): *lo que dice la Palabra en sí misma* 67

3.2. La meditación (meditatio): *¿qué me dice la Palabra?* 70

3.3. La oración (oratio): *¿qué le digo al Señor con la Palabra?* 73

3.4. La contemplación (contemplatio): *¿qué don recibo y qué fruto espiritual doy?*..... 76

3.5. El compartir (collatio): *de la lectio personal a la lectio comunitaria* 79

4. Los frutos y los dones espirituales de la *lectio divina*..... 89
4.1. Los frutos espirituales de la lectio divina 90
a) La consolación 90
b) El discernimiento espiritual 91
c) La elección evangélica de vida 92
d) El obrar en el Espíritu 93

4.2. Los dones espirituales de la lectio divina 95
a) La sabiduría y la interiorización de la Palabra..... 95
b) La unidad de vida en lo esencial 97
c) La integración entre fe y vida 98
d) La comprensión espiritual de la Palabra 99

5. Consejos útiles para la práctica de la *lectio divina* 105
5.1. Respecto a los participantes en la lectio divina..... 106
5.2. Respecto al lugar, el tiempo y la duración de la lectio divina 107
5.3. Respecto a la familiaridad y la sintonía con la Palabra de Dios 109
5.4. El leccionario litúrgico y la lectio continua..... 111

6. Ejemplos prácticos de *lectio divina*..... 115
6.1. La llamada de los primeros discípulos: Jn 1,35-42 115
a) Oración al Espíritu Santo..... 115
b) *Lectio* 117
c) *Meditatio* 120
d) *Oratio*..... 122
6.2. La pesca milagrosa en el lago de Tiberíades: Jn 21,1-14..... 123
a) Oración al Espíritu Santo..... 123
b) *Lectio* 125
c) *Meditatio* 127
d) *Oratio*..... 132
Conclusión 133

7. *Excursus.* Indicaciones históricas sobre la *lectio divina*..... 137
7.1. Las raíces judaicas de la lectio divina..... 137
7.2. La lectio divina *en la experiencia de la Iglesia primitiva*..... 140
7.3. La lectio divina *en el desarrollo monástico* 142
7.4. La crisis de la lectio divina *en la época moderna y su despertar* 144

APÉNDICES

I. La escala de Jacob 149

II. Bibliografía sobre la *lectio divina*..... 171

PRESENTACIÓN

Vivimos en un tiempo de búsqueda espiritual, y la lectura de la Palabra de Dios en la comunidad cristiana constituye un ámbito precioso donde el Espíritu de Dios puede manifiestarse con mayor evidencia. La formación espiritual converge hoy hacia una realidad: enseñar a conocer y a amar a Cristo, porque el cristianismo no es un texto o una cosa, sino una persona viva, Alguien. Las fuentes para la formación espiritual son la Biblia, la liturgia y los escritos de la gran Tradición patrística, porque el Espíritu vivifica la Palabra, que se vuelve inteligible y siempre nueva en el interior de la Tradición y de la fe de la Iglesia (*cf.* DV 12).

La experiencia de la *lectio divina*, «practicada originariamente en el ámbito monástico, se está abriendo hoy cada vez más a todos los fieles en Cristo y representa una verdadera gracia de Dios, en la que debe ser iniciado con cuidado todo cristiano» (nota pastoral de la Conferencia Episcopal Italiana). Esta experiencia sigue siendo un camino de fe que debe ser favorecido en todos los ámbitos de la vida eclesial, a fin de alcanzar un encuentro personal con Cristo. La *lectio* requiere, a buen seguro, una catequesis bíblica sencilla y bien fundamentada en la «letra» del texto sagrado. Pero el estudio de la Palabra abre el camino a una espiritualidad que el Espíritu Santo hace comprender y vivir a los que la acogen con fe y la viven en el amor.

Escribía J. Leclercq: «Dentro de la *lectio* hay, sin duda, espacio para el método, la ciencia, el uso de instrumentos de trabajo y estudio, el conocimiento de la filosofía, de la arqueología y de la historia. Sin embargo, ninguna de estas cosas por sí sola llegaría a ser nunca una *lectio divina*, una lectura cristiana, una lectura en el Espíritu, una lectura de Cristo y en Cristo, con Cristo y por Cristo. Antes que nada es preciso la experiencia del amor». Pues bien, ésta es la experiencia que deseamos a todos los que emprenden el camino cotidiano con la *lectio.* Ojalá este libro, fruto de muchos años de reflexión bíblica con distintos componentes del pueblo de Dios, constituya una introducción y una ayuda válida. La Palabra de Dios, en efecto, educa en la espiritualidad del don, del sacrificio de nosotros mismos y de la cruz; educa para vivir la Biblia y convertirla en oración, para amar filialmente a la Iglesia y a toda persona que se abre a la búsqueda sincera de Dios.

INTRODUCCIÓN

Un anciano ermitaño, hombre entregado a la contemplación y a la oración con la Biblia, recibió un día, en el recinto donde vivía en soledad, la visita de un joven deseoso de encontrar el sentido de la vida y hallar paz. El joven quedó tan bien impresionado por la conversación que mantuvo con el santo monje que, al final del encuentro, le pidió el privilegio de permanecer con él como discípulo. El ermitaño, que no había permitido a nadie quedarse con él como compañero y discípulo, le preguntó el motivo de tal deseo. El joven le respondió enseguida: «Porque quiero aprender a orar con la Biblia». El ermitaño insistió: «¿Pero por qué quieres aprender a orar con la Biblia?». Y obtuvo esta respuesta del joven: «¡Porque es la ciencia más elevada que existe!». Y le respondió el monje: «¡Me gustaría mucho tenerte conmigo, pero no puedo!». Entonces, el joven se volvió a su casa.

Pasaron algunos años y el joven volvió a visitar al anciano monje por segunda vez. Al final de la visita, le pidió de nuevo quedarse con él como discípulo para conocer las santas Escrituras y aprender a orar. Pero el monje le repitió la pregunta: «¿Por qué quieres conocer la Biblia y orar con ella?». Y el joven le respondió: «¡Porque quiero llegar a ser santo!». El ermitaño le respondió: «Me gustaría mucho tenerte conmigo, pero no puedo». El aspirante a discípulo tuvo que volverse de nuevo a su casa, decepcionado y triste por no haber podido alcanzar su ideal de vida.

Transcurrió de nuevo cierto tiempo. El pensamiento del joven permanecía siempre fijado en el lugar donde había experimentado una profunda paz en contacto con el hombre de Dios. Después de haber reflexionado mucho, decidió visitar de nuevo al ermitaño. Le encontró en oración con la Biblia entre las manos. Pasaron el día juntos, orando con la Palabra de Dios, y, al final, el joven renovó la petición de quedarse junto al monje, a fin de consagrarse al Señor y de este modo conocer las santas Escrituras y aprender a orar. El ermitaño le preguntó de nuevo: «¿Por qué quieres orar con la Biblia?». Y el joven, seguro, le respondió: «Quiero orar con la Biblia para hacer la experiencia de Dios». Los ojos del santo monje se iluminaron de alegría y, abrazando al joven, permitió que éste se quedara en la ermita como discípulo suyo.

Este apotegma de los Padres del desierto subraya bastante bien la finalidad de la *lectio divina.* No es adquirir una ciencia humana o formular vagos ideales de santidad, sino realizar, con la Palabra, una experiencia de Dios personal y profunda. La práctica de la *lectio* en la vida cristiana es una meta que está al alcance de todos, grandes y pequeños, doctos e incultos. La *lectio* introduce a todo creyente en un auténtico camino de espiritualidad cristiana, que lleva a la comunión con Dios y con los hermanos. Sólo quien llega a esa experiencia de Dios, orando con la Palabra, estará en condiciones de adquirir la verdadera sabiduría y llegar a ser verdaderamente santo.

1

LÍNEAS INTRODUCTORIAS A LA *LECTIO DIVINA*

El Concilio Vaticano II y la reflexión teológica posconciliar han sacado decididamente a la luz un principio antiguo en cuanto al cristianismo y tal vez un poco olvidado en el pasado: una sana reflexión teológica sobre la Palabra de Dios ahonda sus raíces en la vida de fe de la Iglesia, tanto en su creer como en su obrar, y madura en el interior de la comunidad eclesial, atenta a la vivencia de fe del pueblo de Dios y dócil a las mociones del Espíritu Santo (*cf.* LG 12; DV 8).

Sabemos, en efecto, que todo miembro del pueblo de Dios puede poseer el Espíritu, ser aleccionado por él, penetrar en *«la verdad completa»* (Jn 16,13) y captar las maravillas de Dios (*cf.* 1 Pe 2,9): «Esta verdad fundamental y originaria, según la cual el testimonio de la fe ha sido confiado a todos los cristianos, casi ha estado olvidada en la Iglesia durante mucho tiempo»[1]. Es hora de que hoy sea sacada de nuevo a luz, replanteada desde una reflexión, desde el testimonio de fe y a partir de la vida del pueblo de Dios.

1.1. La lectura de la Biblia en la Iglesia

El momento histórico y eclesial en el que estamos sumergidos está ligado en su esencialidad a la pree-

[1] W. Kasper, *Introduzione alla fede,* Queriniana, Brescia 1973, p. 152 (traducción española: *Introducción a la fe,* Ediciones Sígueme, Salamanca 1989).

minencia de la Palabra de Dios, que transforma y salva. El retorno a la Biblia, promovido por el Concilio Vaticano II, plantea en realidad la escucha de la Palabra como condición esencial para la vida del creyente y de toda la Iglesia. La Palabra se convierte así en el mensaje de Dios al ser humano, un mensaje cuya finalidad es que éste se encuentre y dialogue con aquél a través de Cristo y sea introducido en su vida íntima, viviendo sólo para Cristo y no para sí mismo. La relación que une a la Biblia con la Iglesia es tan profunda y amplia que hay un mutuo influjo y fuertes lazos entre ambas realidades: «La Biblia y la Iglesia están unidas por unas relaciones tan estrechas que constituyen dos realidades interdependientes. La una no puede existir sin la otra. Sin la Palabra no se construye la Iglesia; sin la Iglesia, la Biblia no es Palabra viva, sino lectura muerta. El condicionamiento es recíproco. Nos viene, espontáneamente, a la cabeza la afirmación de H. de Lubac a propósito de la eucaristía: «La Iglesia hace la eucaristía y la eucaristía hace la Iglesia»[2]. La Iglesia, «una realidad compleja, constituida por un elemento humano y otro divino» (LG 8), es instrumento con el que Dios hace llegar la salvación a los hombres. La Biblia, elemento integrante del misterio de la Iglesia, tiene muchos vínculos con la propia Iglesia.

a) La Biblia nace en la comunidad de fe

La Biblia y la Iglesia hacen referencia a la Palabra de Dios como acción de Dios en la historia o como integración profética y correspondiente respuesta humana. En efecto, por una parte, la Biblia, en cuanto palabra autorizada de Dios al hombre, exige una escucha dócil y una

[2] M. Magrassi, «La Bibbia nella vita della Chiesa», en C. M. Martini – L. Pacomio (eds.), *I libri di Dio. Introduzione generale alla Sacra Scrittura,* Marietti, Turín 1975, p. 595.

fidelidad obediente y, por otra, en cuanto palabra humana del pueblo a Dios, contiene una experiencia de fe comunitaria. La Biblia es así un libro que nace de la experiencia de un movimiento carismático y profético por el que ésta, antes de ser un libro escrito, es una realidad proclamada y vivida en una comunidad, una comunidad que se constituye y crece en virtud de la Palabra de Dios. La Biblia es la transcripción de la vida de un pueblo en camino que, a la luz de Dios, busca el sentido de los acontecimientos y de su historia. Esta historia es «el ámbito donde Dios revela el misterio de su persona» (G. von Rad), es el escenario que Dios ha puesto ante los hombres para que conozcan su acción salvífica.

De esta palabra vivida nace la Biblia como testimonio escrito: reflejo fiel del camino de fe de Israel (Antiguo Testamento), de la Iglesia primitiva (Nuevo Testamento) y modelo de vitalidad y confrontación para toda futura comunidad de fe. En la vivencia de su propia historia encuentra cada comunidad al «Señor de la historia» y, de manera progresiva, va haciendo madurar una respuesta de fe a su Señor. La Biblia, por consiguiente, no es un escrito nacido en un despacho como obra de estudio; es Palabra de Dios encarnada, antes, en la historia del pueblo judío y, después, en la de Jesús y sus discípulos. Como ejemplo, baste recordar las grandes asambleas del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento (*cf.* Jos 24; Dt 27; 2 Cro 34; Esd 8). De los libros de la Biblia puede afirmarse lo que dice K. Rahner del Nuevo Testamento: «Los libros del Nuevo Testamento surgen como procesos vitales de la Iglesia; constituyen el depósito de lo que se transmite y predica en ella y por medio de ella, como su fe. Son escritos que surgen como afirmaciones de la fe de la Iglesia, como cartas, exhortaciones, predicación...»[3]. La Iglesia nace y se construye,

[3] K. Rahner, *Sull'ispirazione della Sacra Scrittura,* Morcelliana, Brescia 1967, p. 53 (traducción española: *Inspiración de la Sagrada Escritura,* Editorial Herder, Barcelona 1970).

por tanto, acogiendo la Palabra que, a continuación, se convierte en página sagrada en la comunidad de fe.

b) La Biblia está destinada a la comunidad de fe

Jesús no escribió ningún libro durante el desarrollo de su misión. Anunció el evangelio, realizó los signos del Reino de Dios, llevó a cabo el plan del Padre con su muerte y resurrección, fundó una comunidad de discípulos, a la que dejó en herencia su Palabra (*cf.* Mt 26,16-20). Los apóstoles, a su vez, organizaron las comunidades, dieron forma histórica a la Iglesia de Jesucristo, que empezó a poner por escrito lo que creía y celebraba. Los escritos evangélicos se convirtieron en la regla apostólica de la fe y de la vida cristiana de la Iglesia primitiva. De este modo, el Nuevo Testamento, que se desarrolló bajo la acción del Espíritu Santo (*cf.* Jn 14,16-17.26; 16,7-15) como cumplimiento y realización del Antiguo Testamento, sigue siendo uno de los componentes fundamentales de la Iglesia de todos los tiempos (*cf.* Ef 2,20). Por otra parte, la Iglesia primitiva, al fijar por escrito su profesión de fe, pensó en las comunidades cristianas del futuro, que tienen en la Biblia el punto decisivo de referencia y la norma obligatoria de su fe: «Así pues, en cuanto la Iglesia concreta su *paradosis,* su fe y la realización de sí misma por escrito, forma en su interior la Escritura, se extiende hacia su propio futuro, considerándose como la Iglesia primitiva, que se da su propia norma; y, viceversa: en cuanto se constituye por este futuro como la ley normativa, sobre la que se encauza todo el futuro de la Iglesia, forma la Escritura»[4].

La fe de cada generación cristiana se modela, a lo largo de la historia, sobre la fe de los apóstoles (*cf.* 1 Jn 1,1-3),

[4] *Ibíd.,* pp. 53-54.

sobre el libro normativo de su fe, es decir, sobre la Sagrada Escritura, convencida de que la experiencia del pasado se actualiza en el presente. Así las cosas, referirse a la Biblia significa conservar vivo el sentido de los orígenes y dar valor al don de la Palabra, don hecho por Dios a su Iglesia; significa recurrir a la autoridad de la Iglesia apostólica y confrontarse con la «alegre noticia» del amor salvífico de Dios, que se ha hecho visible en Jesucristo. Y todo esto no como repetición mecánica de un pasado, sino como continuidad de fe dinámica y vital de la Palabra, que interpela nuestro «hoy».

1.2. El carácter normativo de la Biblia para la Iglesia

En la historia de la Iglesia, la Biblia ha mostrado una vez más su vitalidad situándose, durante el Concilio Vaticano II, en el centro de toda la reflexión teológico-pastoral. La constitución dogmática sobre la *Divina Revelación* conecta, en una síntesis feliz, toda la problemática bíblica de este último siglo, proponiendo las grandes orientaciones para una lectura creyente de la Biblia. Veamos sus elementos principales.

a) La Biblia es el libro de Dios y del ser humano

La Biblia, don de Dios a la Iglesia, es el punto de encuentro de dos autores: el autor divino y el autor humano. La tarea esencial del intérprete de la Sagrada Escritura, para comprender bien lo que Dios ha querido comunicarnos, es buscar con atención lo que los hagiógrafos han querido decir y Dios se ha complacido en manifestar con sus palabras (*cf.* DV 12). El objetivo último de esta búsqueda, para el Concilio, es el contenido y el sentido de la Palabra de Dios; ahora bien, da-

do que esta Palabra lleva la marca de las facultades y capacidades de los hombres y se expresa en términos humanos, es preciso intentar captar con exactitud el «sentido literal» y reconstruir el medio socio-cultural del tiempo, filtrando el contenido a través de los «géneros literarios», que son la vestidura hermenéutica que recubre el mensaje salvífico de Dios (*cf.* DV 12-13). En este itinerario interpretativo o de investigación histórico-crítica, que hoy dispone de medios y técnicas perfeccionados, todos pueden adentrarse, pero la razón que determina el carácter normativo de la Biblia respecto a la Iglesia reside en el carácter divino de la misma. Dios está en el origen de los libros sagrados. Es su autor: «Han sido escritos por inspiración del Espíritu Santo» (DV 11) y han de ser leídos «con la ayuda del mismo Espíritu con el que fueron escritos» (DV 12). Estas palabras del Vaticano II, que subrayan la necesidad de conectar el método interpretativo con la doctrina de la inspiración, constituyen el principio fundamental de la hermenéutica teológica, confirman la necesidad de una «inteligencia espiritual» de la Escritura y corroboran la exégesis tradicional de los Padres.

El autor divino es captado aquí en la misma Escritura, y no fuera del mensaje bíblico: es el Espíritu Santo quien anima cada página sagrada desde dentro y guía al intérprete. Éste debe situarse de una manera dócil bajo la acción y la guía del Espíritu Santo, que ayudará al creyente si se siente parte del movimiento de la Tradición viva de la Iglesia, asistida siempre por el Espíritu. No es el ser humano, en efecto, el que puede penetrar la Palabra de Dios; es sólo la Palabra de Dios la que puede conquistarle y convertirle, despertándole a sus secretas riquezas. De ahí deriva un principio válido: «Para sacar el sentido exacto de los textos sagrados, hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe» (DV 12). Estamos aquí en presencia de tres

criterios teológicos, que hemos de poner justamente de manifiesto.

- *El contenido y la unidad de la Escritura,* que se manifiestan en el desarrollo armónico de la historia de la salvación desde el Antiguo al Nuevo Testamento y en el conocimiento del conjunto del pensamiento de Dios, verdadero autor de la Escritura. Esa unidad, en el espíritu del Vaticano II, es la revelación misma, es Cristo, principio de inteligibilidad de los dos Testamentos. La Palabra de Dios, contenida en la Escritura, no es otra cosa, en síntesis, que el Verbo hecho carne, «en quien se consuma la revelación total del Dios sumo» (DV 7). «Los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento recogidos en el Canon, a pesar de su larga historia y prehistoria, forman una sola unidad. Es el Espíritu de Dios, bajo cuya inspiración fueron escritos, el que da unidad a unos libros tan diversos, a unos escritos tan distantes entre sí y a la historia de su comprensión, a fin de que nos dejara en herencia su verdad salvífica de un modo especialmente seguro y sin error»[5].
- *La atención a la Tradición viva de toda la Iglesia,* en la que se transmite la Escritura y que la Iglesia misma constituye y hace fructificar en la vida de quienes que se adhieren a la salvación en la fe de Cristo (*cf.* DV 10.12). Interpretar la Escritura teniendo en cuenta la «Tradición viva de toda la Iglesia» significa que la Biblia debe ser interpretada «en la Iglesia», porque la Biblia es hija de la Iglesia y forma parte fundamental de la misma; y, además, porque la Iglesia, en virtud del poder del Espíritu Santo, está en sintonía con la Escritura y custodia el

[5] A. Grillmeier, «*La verità della Sacra Scrittura e la sua scoperta. Sul terzo capitolo della costituzione dogmatica "Dei Verbum" del Vaticano II*», en Ignace de la Potterie (ed.), *La verità della Bibbia nel dibattito attuale,* Queriniana, Brescia 1968, p. 235.

verdadero sentido de la Palabra de Dios. Orígenes decía que la Iglesia lleva en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios y que es el Espíritu Santo quien da la interpretación de ésta según el sentido espiritual[6].

- *El respeto a la analogía de la fe,* que es la homogeneidad y la armonía de la revelación, tanto en el interior de la Escritura como en la lectura y realización de ésta en la vida de la Iglesia. O sea, que se trata de tener conciencia de la unidad de la revelación y de la fe de la Iglesia, realidades que se iluminan recíprocamente y están ligadas entre sí.

Dada la existencia de estos vínculos vitales entre la Biblia y la Iglesia, la interpretación auténtica de la Biblia no puede realizarse más que en la Iglesia y con la Iglesia.

b) La Biblia en la vida de la Iglesia

Otro tema que también ha desarrollado ampliamente la *Dei Verbum* en el capítulo VI es el correspondiente al lugar que ocupa la Escritura en la Iglesia y en la vida de fe del creyente. El objetivo que persigue el Concilio no es sólo proporcionar directivas pastorales prácticas a los fieles, sino subrayar un componente extraordinariamente esencial en la vida del pueblo de Dios. En primer lugar, se pone de manifiesto, con la comparación de la eucaristía, la gran importancia que la Iglesia atribuye a la Escritura: «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo» (DV 21). Pa-

[6] *Cf.* Orígenes, *Homiliae in Leviticum* 5,5, en PG 12, col. 455.

labra y eucaristía forman la única gran mesa de la que se alimenta constantemente la Iglesia.

Se subraya, por otra parte, la norma «suprema» de la fe cristiana: «Siempre las ha considerado y considera [a las Sagradas Escrituras], juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe» (DV 21). A ellas está sometida toda la Iglesia. Bajo esta luz, se presenta a la Biblia como el punto culminante de referencia al que siempre debe mirar la Iglesia. Aquí reside la justa relación entre la Palabra de Dios y la Iglesia en todos sus componentes (pastores, exégetas, fieles). Es a toda la Iglesia a quien se ha confiado el tesoro de la revelación. Es toda la comunidad cristiana la que colabora «estrechamente en la conservación, en el ejercicio y en la profesión de la fe recibida» de los apóstoles (DV 10). La novedad que presenta el Concilio es que todo el pueblo de Dios es portador de revelación y no sólo el magisterio del papa y de los obispos. «El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita o transmitida» ha sido confiado ciertamente al Magisterio, pero siempre en nombre de Dios y como servicio a la Palabra de Dios, porque el «Magisterio, evidentemente, no está sobre la Palabra de Dios, sino que la sirve [...], la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer» (DV 10).

La Biblia, además, es un libro que sólo el Espíritu puede hacer completamente inteligible, porque en él resuena «la voz del Espíritu Santo» (DV 21). Ahora bien, la acción del Espíritu Santo obra sólo en quien obedece a su moción. Por lo cual, en la diferenciación de los papeles y de las tareas, es indispensable que los pastores y los fieles se encuentren y compartan los frutos de su aproximación a la Escritura, convencidos de disponer de unz aportación original con la que se enriquecen mutuamente. Sólo la Biblia es mediadora entre la comunidad de fe y la revelación de Dios en su Hijo, Je-

sús. Hemos de añadir, por otra parte, un texto conciliar de gran fuerza dinámica y vital en orden a la salvación: «Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura y se rija por ella. [...], y es tanta la eficacia que radica en la Palabra de Dios que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual» (DV 21). Este poder eficaz de salvación que tiene la Palabra de Dios en el texto sagrado se apoya únicamente en la acción del Espíritu Santo, que llama siempre a la Iglesia a la conversión y a la santidad. En virtud de estas realidades, cada creyente se encuentra en actitud de fe hacia la Escritura, que cuenta la «historia de la salvación», y de esperanza por la nueva realización que está siempre para cumplirse, porque «la Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios» (DV 8). Cuanto más se acerca la plenitud, más se abre la comprensión espiritual del misterio de la Palabra.

c) El primado y la transmisión de la Palabra de Dios

A partir de lo que hemos expuesto hasta ahora, podemos afirmar que la gran novedad del Concilio Vaticano II es la afirmación de la centralidad de la Palabra de Dios en la Iglesia. La constitución *Dei Verbum* afirma, en efecto, el *primado de la Palabra* cuando dice: «El Santo Concilio, escuchando religiosamente la Palabra de Dios y proclamándola confiadamente, hace suya la frase de san Juan, cuando dice: "Os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros y esta comunión nuestra sea con el Padre y con su Hijo,

Jesucristo" (1 Jn 1,2-3)» (DV 1). Desde aquí se comprende que la Iglesia antes de evangelizar debe ponerse a la escucha, debe hacerse discípula de la Palabra, que ha de ser, primero, escuchada, asimilada y, después, proclamada (*cf.* Lc 8,19). Para entrar en el Reino de Dios es menester «*nacer de Dios*» (Jn 3,3.5), y nacemos de Dios cuando nos ponemos a la escucha de la Palabra, dejándonos educar por esta sabiduría y maestra de vida. Entramos en comunión de vida con Dios en el silencio de nuestra existencia, cuando penetramos en el don que Dios nos hace de sí mismo, cuando él «habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (DV 2).

Otro tema conciliar, ciertamente bastante fecundo, es el de la *transmisión de la divina revelación.* Dios ha hablado al ser humano, pero su Palabra se hubiera quedado vana si no hubiera sido transmitida, primero, a través del carisma de los apóstoles y, después, por aquellos cristianos que vivieron en contacto con los primeros y con la tradición apostólica hasta nuestros días mediante la sucesión apostólica de los obispos. Afirma el Concilio: «Esta sagrada Tradición y la Sagrada Escritura de ambos Testamentos son como un espejo en el que la Iglesia peregrina en la tierra contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta que le sea concedido el verlo cara a cara, tal como es (*cf.* 1 Jn 3,2)» (DV 7). Esta predicación apostólica contenida en las Escrituras tiene la función de alimentar y santificar a todo el pueblo de Dios. Es, en efecto, todo el pueblo de Dios, con sus variados ministerios y carismas, el que constituye el momento de crecimiento interior de la Iglesia a través de la asimilación vital de la revelación: «Esta Tradición, que deriva de los apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo, puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón

(*cf.* Lc 2,19.51), ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad» (DV 8). Por consiguiente, es todo el pueblo de Dios el que tiene la fuerza profética necesaria para llevar a su cumplimiento la Palabra de Dios. Especialmente cuando se proclama la Palabra en la liturgia, la Iglesia crece en su dimensión de misterio de comunión y de pueblo santo. Es aquí donde la Iglesia explicita su ministerio de evangelización y hace, a continuación, eficaz su misión y su apostolado. Aquí aparecen evidentes y conexos los tres aspectos de la dimensión ministerial de la Iglesia: el estudio de los creyentes, la experiencia espiritual del pueblo de Dios y la predicación apostólica. En consecuencia, todos los variados carismas deben estar presentes y mantenerse activos para el crecimiento armónico de la Iglesia en la historia, y la *lectio divina* es el medio ideal en donde toda la Iglesia se encuentra, madura y hace experiencia con el Señor.

1.3. La relación entre Biblia y oración

Hemos dicho que la Biblia tiene a Dios como verdadero autor, a causa del mensaje salvífico, y que el texto sagrado ha nacido de la experiencia de fe de un pueblo, una experiencia rica en acontecimientos, que alcanzan su punto culminante en el misterio pascual de Cristo. Quien hoy quiera penetrar adecuadamente en el sentido de la Biblia debe saber lo que quiere cuando se pone a leer el libro sagrado. Ahora bien, la Biblia no es sólo término de referencia y de confrontación, un libro de fe; es el lugar de una cita y de un encuentro con la persona de Cristo. Si leemos la Biblia es para llegar a ser creyentes, para encontrar en las palabras humanas la Palabra de Dios que da origen a la fe: «*Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida*

eterna» (Jn 6,68). Acoger la Palabra de Dios como proyecto de vida es fundamentarse en la libre apertura a la acción de Dios. Quien es superficial y no busca en la Biblia al Señor sólo encontrará en ella unos relatos más o menos edificantes. Por lo tanto, una verdadera lectura bíblica implica la seriedad humana de quien se sabe en el camino de la fe. Decir esto significa aceptar la íntima relación que existe entre la Biblia y la Iglesia, entre la Biblia y la fe, entre la Biblia y la oración. ¿Qué lugar ocupa la Escritura en la experiencia cristiana, individual y comunitaria, y, especialmente, en el ámbito de la espiritualidad? ¿Qué relación media entre la Palabra de Dios y la oración? La *lectio divina* constituye precisamente una clave de lectura y de solución para estas preguntas: la complementariedad vital y dinámica que existe entre la Palabra de Dios acogida en la liturgia de la Iglesia y la experiencia de escucha y de diálogo de la misma Palabra en la oración personal y comunitaria.

a) La Biblia, libro de oración

En el libro de la Biblia existe una relación circular entre tres elementos fundamentales de la vida del hombre: la Palabra, la oración y la vida. Cada uno de estos tres aspectos vinculado con los otros. La oración, en efecto, es una actividad no extrínseca a la persona, sino que mana del ser y de la realidad de cada hombre y le vivifica, abriéndole al reconocimiento de su identidad más profunda y de la relación que le une a Dios. La oración es encuentro, comunicación, diálogo, en donde la percepción de Dios es relación con una Palabra que se impone como proyecto de vida. Ésa es la razón de que la oración cristiana deba alimentarse con la Palabra de Dios, deba partir siempre de la lectura y de la meditación del texto sagrado, que, por su misma naturaleza, necesita una continua encarnación. O sea,

que la Palabra debe interiorizarse y enlazarse con la vida del ser humano en un dinamismo de continua llamada recíproca entre Palabra y vida. Naturalmente, la eficacia salvífica de la Palabra debe convertir en operativo un elemento subjetivo, a saber: la disponibilidad del creyente a la escucha y a la obediencia, de suerte que pueda traducir en la vida el verdadero sentido de la Palabra de Dios.

El ejemplo de vida y la predicación misma de Jesús confirman este vínculo entre Palabra, oración y vida. La Palabra es la semilla que necesita un terreno abierto a la acogida para ser fecundo en fruto. La vida terrena de Jesús estuvo modelada siempre por la Palabra, orientada por la obediencia radical a Dios, iluminada por una oración ferviente y por un incesante diálogo con el Padre. Jesús convirtió las Escrituras en el constante punto de referencia de su existencia: «A decir verdad, me parece que es verdaderamente normativa esta actitud del Señor Jesús. Es preciso que tomemos la Biblia como modelo para nuestra vida. Es menester tejer nuestra oración con la Biblia, a fin de convertir, a continuación, la Biblia en el libro de la predicación»[7]. El creyente puede entrar también en la Palabra, pero le hace falta una atenta búsqueda diaria. La Palabra de Dios es como el terreno de la arada: cuanto más revuelto y trabajado esté, tanto más da su fruto espiritual. Sólo entonces se crea entre el creyente y la Palabra una comunión misteriosa e íntima, un intercambio ininterrumpido de confidencias. No es el encuentro fugaz y ocasional con una persona lo que puede revelarme las riquezas de su talla moral: es necesario el coloquio asiduo, prolongado y confidente con ella para introducirme en el secreto de su vida interior. Así ocurre con la Palabra de Dios. Este vínculo íntimo entre el espíritu del

[7] M. Magrassi, «Pregare la Bibbia», en G. Zevini (ed.), *Incontro con la Bibbia,* LAS, Roma 1978, p. 123.

creyente y el espíritu de la Escritura, hecho a base de una paciente, perseverante y amorosa insistencia, hace, ciertamente, que la Palabra se vuelva historia y experiencia de vida. Acoger la Palabra de Dios como historia es abrirse también al proyecto de vida y tomar como base la libre apertura humana a la acción de Dios, y, por consiguiente, orar la vida a la luz de la Palabra. La vida ha de ser orada para que sea salvada, y sobre ella debe llevar la Palabra la luz de la revelación, dejándose convertir al proyecto de Dios.

b) La relación entre Biblia y oración en la «Dei Verbum»

La oración es uno de los componentes más vivos del mensaje de la Biblia. Muchos piensan que la oración consiste en aferrar a Dios para colocarlo en nuestro propio panorama o intentar obtener determinadas cosas agradables y ventajosas para nuestros propios fines y satisfacer así ciertos deseos y expectativas. La verdad es muy diferente, incluso opuesta: la oración es entrar en la perspectiva de Dios, partiendo de su amor. Es contemplar el rostro de un Padre que mira con ternura a sus hijos. Es encontrar a una persona viva y dejarse asir por su amor. Orar no es una tarea fácil para nadie; al contrario: es un trabajo exigente, porque es una experiencia que no se acaba nunca y un camino en el que siempre se sigue siendo discípulo. Lo mismo cumple decir cuando la lectura de la Biblia se hace oración. Una lectura bíblica eficaz va siempre acompañada de la oración. Cuando hablamos de lectura orante de las Escrituras no hablamos sólo de un acto, sino sobre todo de una actitud de vida. Es un modo particular de situarse ante Dios, que nos habla mientras leemos el texto sagrado. De esto se sigue también una actitud de fe, de disponibilidad, de humildad sencilla frente a la Palabra de Dios.

La constitución *Dei Verbum* ofrece en este punto una enseñanza verdaderamente iluminadora e innovadora respecto a la praxis precedente de la vida de la Iglesia. El texto conciliar recomienda antes que nada la lectura de la Sagrada Escritura: «Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los que como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la Palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte un predicador vacío y superfluo de la Palabra de Dios que no la escucha en su interior» (DV 25). Pero después de haber recomendado justamente la familiaridad de la lectura espiritual de la Biblia mediante una inmersión en ella, el documento subraya claramente la relación entre Escritura y oración cuando dice: «El Santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos, en particular a los religiosos, a que aprendan "el sublime conocimiento de Jesucristo" (Flp 3,8), con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo [...], no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque a Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas» (DV 25). Existe, por tanto, una relación estrechísima entre Palabra y oración. El Concilio habla no sólo de una lectura continua y frecuente de la Escritura, sino del vínculo con la oración, para que pueda ponerse en marcha el diálogo con Dios, que conduce al creyente a la experiencia de Dios.

El cardenal Martini emplea estas palabras fulgurantes para comentar este texto: «Los concilios precedentes no habían hecho nunca una exhortación semejante, pero ahora la Iglesia, consciente de que todos han llegado a un estadio suficiente, ha pedido a los cristianos que lean y mediten la Escritura para adquirir una fe basada en convicciones, en una opción personal, en

la interioridad. El único cristianismo que sobrevivirá será el que se base en convicciones interiores profundas, porque ya no bastarán las tradiciones externas o los fenómenos de masas. Precisamente, el ejercicio de la *lectio divina* es el que puede mediar en esta convicción de fe interior y profunda»[8]. La importancia reside en la Palabra convertida en oración. Entonces la oración se vuelve presencia de Cristo y presencia del hermano que encuentro, a través del cual me interpela Cristo. En la oración, toda voz humana se convierte en la voz de Cristo, cada rostro humano es el rostro de Cristo.

1.4. El problema hermenéutico del «sentido espiritual» de la Biblia

Antes de presentar el tema específico de la *lectio divina,* hemos de tratar, aunque sólo sea en sus líneas generales, el problema de la interpretación de la Biblia. Para entrar en el tema vamos a servirnos de un texto conciliar que dice: «La esposa del Verbo Encarnado, es decir, la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, se esfuerza en acercarse, de día en día, a la más profunda inteligencia de las Sagradas Escrituras, para alimentar sin desfallecimiento a sus hijos con la divina enseñanza» (DV 23). Esto nos obliga a preguntarnos: ¿cuál es el método, la interpretación, la lectura hermenéutica más correcta del texto bíblico para alcanzar el objetivo indicado por el Concilio? Estamos convencidos de que el acercamiento más correcto a la Biblia es el de la «*inteligencia espiritual*» de las Sagradas Escrituras, método que, aunque haga referencia a la investigación cien-

[8] C. M. Martini, *Il Dio vivente. Riflessioni sul profeta Elia,* Centro Ambrosiano – Piemme, Milán 1990, p. 137 (traducción española: *El Dios viviente,* Edicep, Valencia 1995).

tífica como fundamento en el que se apoya, introduce, no obstante, a la Palabra en una confrontación viva y significativa con la vida de cada creyente particular y de la Iglesia. Nos encontramos aquí en el interior de la exégesis espiritual desarrollada por los Padres, que captó la intuición del carácter sacramental de la Escritura y leyó en el «sentido literal» del texto bíblico el misterio de Cristo a la luz del Espíritu[9].

a) La interpretación espiritual de las Sagradas Escrituras

Hablar del «sentido espiritual» de la Escritura no significa hablar de uno de los muchos métodos de acercamiento al texto bíblico, sino de la obra del Espíritu Santo en la encarnación de la Palabra, la cual se lleva a cabo primero en el Verbo y después en la Iglesia y en la vida de cada creyente. Es, efectivamente, la Palabra de Dios la que revela y anuncia la presencia constante del misterio de la salvación, como bien afirma L. Bouyer: «La interpretación espiritual de las Escrituras, cuando se comprende bien, es el modo mismo con que las comprende y las revive la Iglesia, el pueblo de Dios, particularmente en la liturgia. Y es también su interpretación la que debe, como indica su nombre, darnos el modo de vivir de ellas, de vivirlas con el mismo Espíritu que las ha inspirado»[10]. Esta interpretación de la Biblia no es un acercamiento cualquiera, sino la lectura que garantiza y estimula la vitalidad y la actualidad de la Palabra en la vida de la comunidad cristiana, a fin

---

[9] I. de la Potterie, «La lettura della Sacra Scrittura "nello Spirito". Il modo patristico di leggere la Bibbia. È possibile oggi?», en *La Civiltà Cattolica* 3267/3268 (1986), pp. 209-223.

[10] L. Bouyer, *Introduzione alla vita spirituale*, Borla, Roma 1969, pp. 52-53 (traducción española: *Introducción a la vida espiritual*, Editorial Herder, Barcelona 1965).

de abrirla a la conversión y orientarla a una verdadera experiencia de Dios. Se trata de una comprensión del texto bíblico que conduce al encuentro con «*Cristo en el Espíritu*» (Rom 1,4), sentido último y unificador de la Escritura. La exégesis antigua expresa esto mismo con estas incisivas palabras de Agustín: «En los libros sagrados busco a Cristo»[11], o como dirá después san Bernardo: «En el plano de la encarnación de la Palabra, Cristo constituye el centro de todas las Escrituras. La Palabra de Dios, audible ya en el Antiguo Testamento, se ha vuelto visible en Cristo»[12].

Más allá de la envoltura exterior y formal del texto, los protagonistas de la Escritura siguen siendo Cristo y su Espíritu, cuya gracia es lo único que permite penetrar en la verdad encerrada en la «letra».

Por eso podemos hablar de *inteligencia o comprensión espiritual* de las Escrituras en sentido subjetivo, además de objetivo: el verdadero exégeta del sentido espiritual es el Espíritu de Cristo. Es el Espíritu Santo quien anima siempre la Escritura, ya sea en el momento del acontecimiento salvífico en que empieza la historia sagrada, ya sea en el momento de su memorización en el texto inspirado al autor sagrado, ya sea en el acto de la lectura y de la comprensión de este texto por parte de la Iglesia. A este respecto, el Concilio afirma de modo claro: «La Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió, para sacar el sentido exacto de los textos sagrados» (DV 12). Aquí se fundamenta la lectura de la Biblia «en el Espíritu», que establece, por tanto, un vínculo directo entre el texto inspirado por el Espíritu, el autor sagrado y el lector creyente, y permite de este modo a la Palabra de Dios comunicar el mensaje salvador.

---

[11] Agustín, *Confesiones,* XII, 2,4, en PL 32, col. 811.

[12] Bernardo, *Super Missus est,* homilía IV, 11, en PL 183, col. 86.

Cuando ahondamos en una página bíblica sacamos siempre a la luz «el Espíritu» en la letra, buscando la continuidad entre el sentido literal y la prolongación espiritual. El «sentido espiritual» genuino de la Biblia no consiste, pues –y esto es importante para evitar el subjetivismo–, en ir más allá del sentido literal, como si ésta fuera una etapa que se debe superar, sino que consiste en ahondar en él, en explicitarlo y en asimilarlo. El «sentido espiritual» es el verdadero sentido de la Biblia en cuanto que es la Palabra de Dios y no una construcción cualquiera exterior, por debajo, más allá del texto. Es el mismo texto el que permanece, aunque abriendo sus riquezas implícitas. Permanece la Palabra de Dios, que se vuelve luminosa y así, desde dentro, retoma y empieza a interpelar al creyente y a invitarle a la conversión y a la santificación.

El «sentido espiritual», en realidad, es especialmente el uso que el cristiano hace de la Escritura leída en la comunidad eclesial para la praxis de su vida cristiana, es una invitación a encontrar a Cristo a través de las Escrituras (*cf.* Jn 5,39). Por eso decía santo Tomás de Aquino: «El corazón de Cristo designa la Sagrada Escritura, que precisamente revela el corazón de Cristo. Este corazón estaba cerrado antes de la pasión, porque la Escritura era oscura. Ahora bien, la Escritura ha sido abierta después de la pasión, a fin de que los que ahora la entienden consideren y comprendan cómo deben ser interpretadas las profecías»[13]. El texto así enriquecido, primero por la reflexión religiosa del pueblo de Israel en la antigua ley, más adelante por la vida cristiana de la comunidad primitiva y, finalmente, por el pensamiento y por la experiencia espiritual de toda la tradición posterior de la Iglesia, adquiere un significado cada vez más rico y profundo y nos lleva a comprender y a vivir un tema muy en-

[13] Tomás de Aquino, *Expositio in Psalmos* 21,11.

trañable para los antiguos: el de la *mira profunditas* de la Sagrada Escritura.

b) El sentido múltiple de la Palabra de Dios

A partir de cuanto hemos dicho hasta ahora podemos afirmar que la comprensión espiritual de la Biblia es la única e integral interpretación histórica de las Escrituras, porque permite prolongar hasta nosotros, en la dimensión de la fe, la historia de la salvación. Con todo, hay que poner de manifiesto que debemos evitar un uso «monocorde» de la Escritura. Hoy, para la lectura de la Biblia y para las exigencias del creyente particular y de la comunidad cristiana, hace falta una serie de lecturas convergentes y complementarias que nos ayuden, a través de los respectivos métodos, a formular un proyecto unitario y penetrar de este modo en el único misterio de Cristo, que es, al mismo tiempo, el del pueblo de Israel, el de la Iglesia, el de cada fiel y el de la vida futura.

Los padres de la Iglesia intuyeron y practicaron ya una pluralidad de significados en el uso de la Biblia, proporcionándonos «la doctrina de los cuatro sentidos», en donde coinciden exégesis, teología, vida espiritual y compromiso del creyente[14]. Podemos decir, en consecuencia, que la idea básica que domina toda la tradición antigua es ésta: la historia de la salvación, descrita por la Escritura y que tiene su punto culminante en Cristo, se reproduce en la Iglesia (*sentido alegórico*); más tarde, en el alma del fiel, especialmente a través del ciclo del año litúrgico, donde se nos vuelve a plantear la historia de la salvación (*sentido tropológico-moral*), y, por último, en la vida futura a través de la es-

[14] I. de la Potterie – G. Zevini, «L'ascolto nello Spirito. Per una rinnovata comprensione "spirituale" della s. Scrittura», en *Parola Spirito e Vita,* 1 (1979), pp. 9-24.

peranza (*sentido anagógico*). Un famoso dístico del dominico Agustín de Dacia († 1282) resume de manera adecuada el significado de los cuatro sentidos con estas palabras: «La letra enseña los hechos; la alegoría, lo que hemos de creer; el sentido moral, lo que hemos de hacer, y la anagogía, hacia dónde tender». Esta doctrina, que subyace en la exégesis de la tradición cristiana, la presenta así el padre Calati: «El crecimiento en la caridad de cada fiel se desarrolla antes que nada en proporción con la penetración de la Palabra de Dios por parte del mismo e idéntico espíritu, que anima las Escrituras y dirige a cada creyente en el perfeccionamiento del amor. La inteligencia espiritual de las Escrituras marca, por tanto, el itinerario de cada elegido en la búsqueda del Dios vivo»[15]. Los antiguos no conocen otros itinerarios espirituales, y por eso nos describen la Escritura como la escala que conduce al cielo y dicen que los distintos sentidos constituyen cada una de sus etapas. Reflexionando bien, el problema de la actualización de la Palabra de Dios, del que tanto se habla en nuestros días, encuentra aquí su solución y realización.

La Palabra de Dios exige, a buen seguro, una multiplicidad de acercamientos, si no queremos hacerla pobre e ineficaz. El anuncio de la Palabra exige, en efecto, la catequesis, la liturgia, y éstas requieren la meditación y la oración. Solamente es posible alcanzar las múltiples riquezas contenidas en el libro sagrado allí donde se desarrolla un itinerario de espiritualidad cristiana basado en la Palabra, pero con acercamientos múltiples y convergentes. Tras la multiplicidad y la separación de tantas aproximaciones bíblicas, hoy sentimos la necesidad de reintegrar todo en una nueva síntesis. H. Urs von Balthasar ha expresado bien esta idea: «Hoy nos

[15] B. Calati, «San Gregorio, maestro di formazione spirituale», en *Seminarium,* 2 (1969), pp. 261-262.

replegamos hacia el uno. No por resignación, sino para volver a ganar el origen. Estamos encallados en las playas del racionalismo, volvemos a tientas a la roca escarpada del *mysterium*»[16]. La necesidad fundamental es rehacer la unidad de la vida cristiana en torno a la Palabra. El camino ha sido abierto por un proyecto de espiritualidad pastoral centrado en la Biblia, para el que la *lectio divina,* que nos disponemos a presentar con su método y sus exigencias, presenta un terrero práctico y fecundo de desarrollo y de realización. La práctica de la *lectio divina* puede ser la solución que nos permita alcanzar una «lectura circular» de la Palabra, que emplee los distintos métodos de manera correcta y nos ofrezca una síntesis que favorezca un proyecto de comunidad cristiana que nos introduzca cada vez más en la meditación del misterio de Cristo y de la Iglesia.

¿Podrá recuperar hoy la vida cristiana el impulso y la vitalidad evangélica de sus comienzos, cuando, en tiempos de los Padres, la *lectio* marcaba la vida de oración y de caridad apostólicas de las comunidades cristianas? El cardenal De Lubac responde a esta pregunta afirmando que nos faltan aún a los cristianos del siglo XXI las condiciones para poder suscitar una lectura bíblica «en el Espíritu», es decir, una *lectio divina* como la que practicaron los Padres: «Nos falta aquella fe llena de impulso, aquel sentido de plenitud y de unidad que ellos tenían, porque nos falta el Espíritu del que procedían aquellas cosas»[17]. Sin embargo, concluía con estas palabras: «Si queremos recuperar algo de lo que fue en los primeros siglos de la Iglesia el sentido espiritual de la Escritura [la *lectio divina*], es importan-

---

[16] H. Urs von Balthasar, *Con occhi semplici. Verso una nuova coscienza cristiana,* Morcelliana, Brescia 1970, p. 9.

[17] H. de Lubac, *Exégèse médiévale,* II, 2, Aubier, París 1959-1964, p. 79.

te que nos enfrentemos a las cosas con mayor profundidad y con mayor libertad al mismo tiempo. Es menester reproducir incesantemente la lucha de Jacob con el ángel de Dios»[18]. Éste es el tiempo de un nuevo impulso espiritual para la vida de la Iglesia según las orientaciones del Concilio y las líneas maestras del magisterio de la Iglesia.

[18] *Íd., Storia e spirito*, Paoline, Roma 1971, 587.